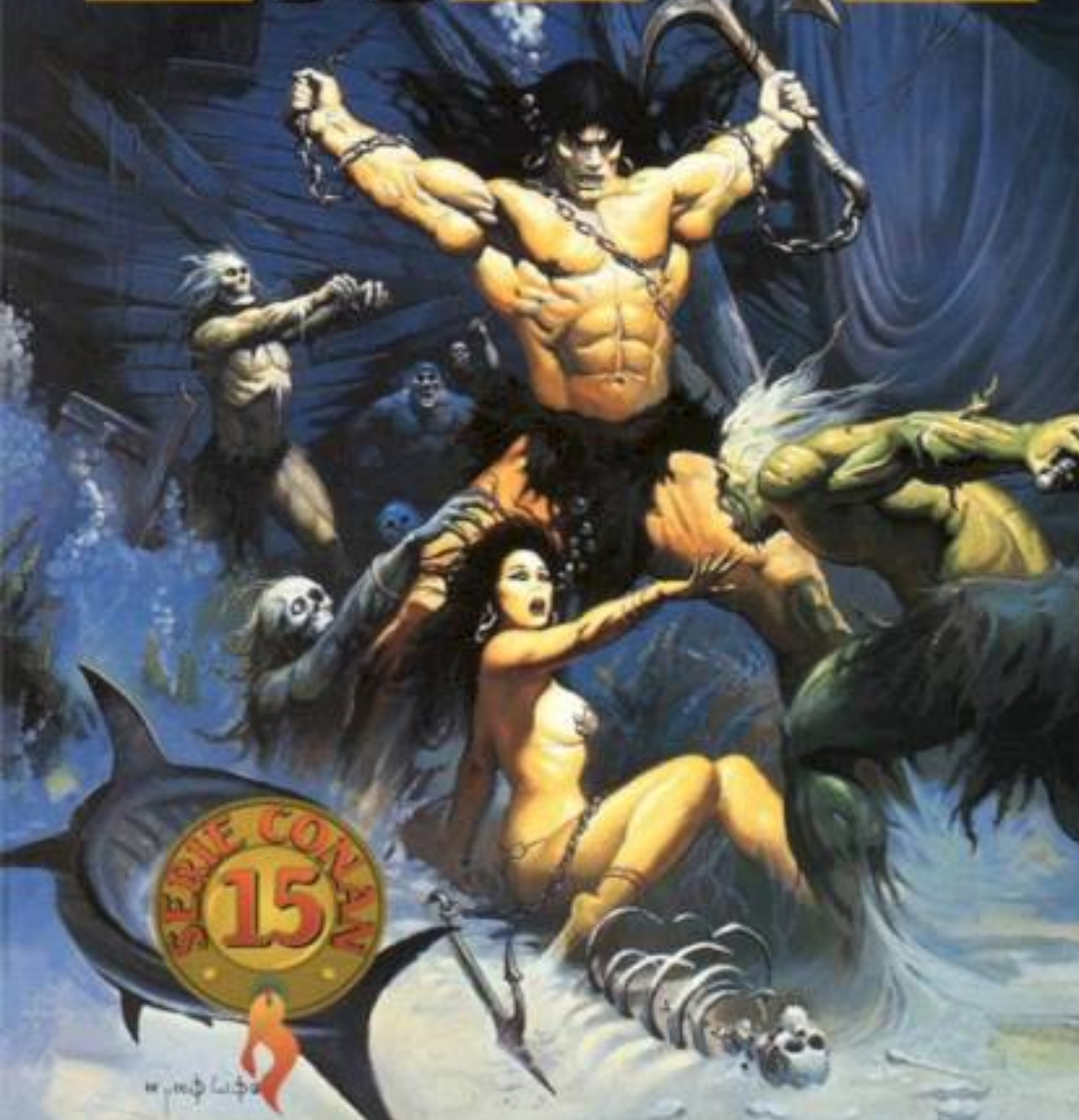


Robert E. Howard

CONAN DE AQUILONIA



Un Conan ya maduro cree hallarse bien asentado en el trono de Aquilonia. Sin embargo, mil enemigos le acechan, y varios de los más poderosos brujos han decidido aliarse para acabar con él. Una reina hechicera secuestrará a su hijo Conn, y el rey Conan tendrá que viajar a los confines del mundo conocido en su época, primero para rescatarle y luego para terminar con los magos que querían poner fin a su vida. En este mismo volumen concluye su enfrentamiento con el que desde su juventud ha sido su mayor enemigo: el brujo estigio Toth-Amon.



Introducción

De todos los héroes de la fantasía heroica, el más poderoso, viril y musculoso es sin duda Conan de Cimmeria. Conan fue creado por Robert E. Howard (1906-1936), que nació en Peaster, Texas, pero pasó la mayor parte de su corta vida en Cross Plains, una ciudad del centro de la misma Texas. Durante la última década de su vida, Howard escribió y publicó una gran cantidad de relatos de ficción menores (lo que los norteamericanos llaman pulp fiction) de diversos géneros: deportivos, de detectives, del Oeste, histórico, de ciencia ficción, relatos fantásticos, y cuentos de misterio y de fantasmas. A los treinta años de edad puso fin a una prometedora carrera literaria suicidándose. Howard es uno de los ocho autores de relatos fantásticos cuyas ventas han superado el millón de ejemplares, pero, por desgracia, el éxito le llegó después de su muerte.

Howard era un narrador nato, cuyos relatos no han sido superados en cuanto a realismo, interés y dinamismo de la acción. Sus héroes —el rey Kull, Conan, Solomon Kane— tienen carácter mítico: se trata de hombres de músculos poderosos, pasiones ardientes y voluntad indomable, que imponen su personalidad en las historias que protagonizan. Representan el polo opuesto del antihéroe que se ha vuelto tan popular recientemente.

Howard escribió varias series de relatos de fantasía heroica (también llamados de «espada y brujería»), publicados en su mayor parte en *Weird Tales*. Esta revista apareció entre 1923 y 1953, y en tiempos de Howard era la única publi-

cación que daba salida a la literatura fantástica. De las diversas series de relatos de fantasía heroica que publicó, la más larga y popular fue la protagonizada por Conan. Dieciocho relatos de Conan, desde un cuento corto de 3000 palabras hasta una novela de 66 000, aparecieron en vida de Howard.

A partir del año 1950 se encontraron entre sus papeles otras ocho historias, desde manuscritos completos hasta simples fragmentos y esbozos. Por ser uno de los descubridores, he publicado algunas historias inéditas de Conan y he reescrito cuatro relatos de aventuras de Howard, también inéditos, convirtiéndolos en historias protagonizadas igualmente por Conan. Mi colega Lin Carter y yo, juntos o por separado, hemos completado las historias inacabadas. Además, y para llenar algunas lagunas existentes en la legendaria saga del cimmerio, Björn Nyberg, Lin Carter y yo hemos escrito algunas historias originales, tal como creemos que las hubiera escrito Howard en caso de haber vivido.

A los lectores que deseen saber más acerca de Conan, de Howard y de la fantasía heroica en general, les recomendamos que lean los demás libros de esta colección dedicados al cimmerio, especialmente mi introducción al primero de estos volúmenes titulado Conan. De las obras allí enumeradas, tanto de Howard como de otros autores de fantasía heroica, algunas se consiguen sin dificultad, mientras que otras solo se podrán encontrar buscándolas especialmente.

También existe una publicación periódica en Estados Unidos que se ocupa de estos temas; se trata de la revista *Amra*, editada por George H. Scithers, Box 8243, Filadelfia, Pa., 19101. *Amra* es el órgano de la Legión Hiboria, un grupo de admiradores de la fantasía heroica en general y de las historias de Conan en particular. *Amra* otorga el título de Legionario Hiborio a sus suscriptores. Jack L. Chalker, 5111 Liberty Heights Av., Baltimore, Md., 21 207, ha publi-

cado tres libros de artículos, poemas y ensayos aparecidos en *Amra: The Conan Reader* (El lector de Conan), *The Conan Swordbook* (El libro de la espada de Conan) y *The Conan Grimoire* (El grimorio de Conan).

Según Howard y sus colaboradores póstumos, Conan vivió, amó y luchó hace unos doce mil años, ocho mil después del hundimiento de Atlantis y siete mil antes de los comienzos de la historia escrita generalmente aceptada. En esa época, de acuerdo con las suposiciones de Howard, la parte occidental del continente principal estaba ocupada por los reinos hiborios. Estos formaban una constelación de estados creados unos tres mil años antes por invasores venidos del norte —los hiborios— sobre las ruinas del imperio maligno de Aquerón. Al sur de los reinos hiborios se hallaban las ciudades-estado de Shem. Más allá de Shem dormitaba el antiguo y siniestro reino de Estigia, rival y aliado de Aquerón en los días del sangriento apogeo de este último. Más al sur todavía, allende los desiertos y las sabanas, se hallaban los salvajes reinos negros.

Al norte de los hiborios se encontraban las tierras bárbaras de Cimmeria, Hiperbórea, Vanaheim y Asgard. Al oeste, a orillas del océano, moraban los fieros pictos. Hacia el este resplandecían los reinos de Hirkania, de los cuales el más poderoso era Turan.

Conan fue un gigantesco aventurero bárbaro que se abrió camino luchando, viviendo y amando por gran parte de este mundo prehistórico. Hijo de un herrero de la parte más desolada y atrasada del norte de Cimmeria, atravesó ríos de sangre y venció a enemigos tanto naturales como sobrenaturales para ascender finalmente, a la edad de cuarenta y un años, al trono de Aquilonia, el reino más poderoso de Hiboria.

Habiendo madurado y sentado cabeza bajo el peso de las responsabilidades, Conan desbarató intrigas internas y rechazó invasiones del exterior. Había sido un mujeriego, pero se casó y vivió felizmente con una mujer a la que con-

virtió en reina. Esta le dio una numerosa descendencia. El mayor de sus hijos me un varón llamado también Conan, pero más conocido por el apodo de «Conn».

En este libro se relatan las aventuras de Conan y de Conn que se desarrollan entre Conan el Vengador, donde el guerrero recupera a su reina de las garras del mago Yah Chieng, y Conan de las Islas, donde el monarca, algo envejecido, abdica del trono para lanzarse a su última gran aventura en el desconocido Oeste. En el momento en que sucede esta historia, Conan tiene casi sesenta años. De no ser por las cicatrices de muchas peleas y batallas que marcan su poderoso cuerpo, representaría mucho menos edad de la que tiene. Su melena de negros cabellos, gruesos y lacios, así como el fiero bigote, que lleva como deferencia a las costumbres de Aquilonia, están ya teñidos de gris, y su piel se ha apergaminado. Pero aun cuando se muestra algo más rígido y lento que en su juventud, la fuerza de sus poderosos músculos es mayor que la de dos hombres corrientes.

L. Sprague de Camp

La bruja de las brumas

1. La cosa que huía

Oculto por una espesa cerrazón, el sol se acercaba a la línea del poniente. En los claros del bosque, el cielo nuboso parecía colgar como una arrugada manta de lana sucia. Densas volutas de vapor se difuminaban como fantasmas errantes entre los húmedos y negros troncos de los árboles. Las gotas de agua de las recientes lluvias caían acompasadamente sobre los montones de hojas otoñales que yacían sobre el suelo, y cuyos colores escarlata, dorado y bronce se iban desvaneciendo con el atardecer.

Precedido por un apagado ruido de cascos y crujir de cueros, así como por el rechinar de pertrechos, apareció en un claro de la espesura ya casi sombría un fornido corcel. Con el movimiento de sus patas agitaba la niebla y la dispersaba, y aparecía a la vista un gigante de anchas espaldas montado sobre la grupa, que atenazaba con sus poderosas piernas los flancos del animal. El hombre ya no era joven, pues el tiempo había teñido de gris su negra cabellera, así como los poblados bigotes que sobresalían a ambos lados de una boca de apretados labios. Los años habían trazado profundas arrugas en sus mejillas. Tanto el rostro de enérgicas facciones y cuadrada mandíbula, como los antebrazos, cuyos fuertes músculos sobresalían cual cordajes, dejaban ver cicatrices que eran reliquias de numerosas peleas y batallas; pero la firmeza con que se sentaba sobre la montura, el talante presto y sus rápidos reflejos engañaban acerca de su edad.

Por unos momentos, el corpulento jinete permaneció inmóvil sobre su caballo, que jadeaba con la boca llena de espuma. Por debajo de las alas de un sombrero de guardabosque, cuyo fieltro estaba manchado de sudor, escudriñó con mirada penetrante el claro cubierto de neblina, mascullando sordas imprecaciones.

Si alguien lo hubiera observado, podría haber confundido al fornido gigante con algún bandolero, en tanto que no reparara en que la ancha y pesada espada que colgaba de su cinto ostentaba en su empuñadura una joya de inmenso valor, y que el cuerpo de caza que llevaba en bandolera era de marfil, con filigranas de oro y plata. En efecto, se trataba del rey de Aquilonia, soberano del reino más rico y poderoso del Oeste. Su nombre era Conan.

De nuevo estudió con su feroz mirada el claro que la niebla envolvía. La pálida luz no le permitía ni siquiera a él interpretar las huellas de las recientes pisadas de caballos sobre la húmeda maraña de hierba, aun cuando se veían ramas rotas y hojas caídas en desorden.

Conan echó mano al cuerpo y se lo llevó a los labios para dar el toque de llamada a los perros, pero en ese momento sus oídos percibieron el galope de un caballo. Poco después, una jaca gris cruzaba la maleta que rodeaba el claro. Un hombre de edad madura, pero más joven que Conan, cuyos ojos oscuros brillaban en su rostro moreno, encuadrado por un lustroso cabello negro, salió de la espesura y saludó al rey con cierta familiaridad.

Al primer ruido de ramas, la mano de Conan, instintivamente, aferró el puño de la espada. Si bien no había razón para que se sintiera amenazado en aquel sombrío bosque que se encontraba al norte de Tanasul, los hábitos de toda una vida no se pierden fácilmente. Luego, al observar que el recién llegado era uno de sus antiguos camaradas y ferrientes partidarios, se relajó su porte. El hombre más joven dijo:

—No se ve ninguna señal del príncipe a lo largo del sendero, Majestad. ¿Habrá galopado el muchacho por delante de nosotros, siguiendo las huellas del ciervo blanco?

—Es más que probable, Próspero —gruñó Conan—. El muy tonto ha heredado la testarudez de su progenitor. Le vendrá bien tener que pernoctar en la selva, especialmente si vuelven a caer estas condenadas lluvias.

Próspero, general poitano de los ejércitos de Conan, disimuló cortésmente una sonrisa maliciosa. El fornido aventurero cimmerico había subido, por fortuna, por el destino o por algún fiero capricho de su dios del norte, al trono del reino más civilizado y brillante del Oeste. Aún conservaba el temperamento explosivo de su primitivo pueblo, así como su carácter indómito, y su hijo, el príncipe Conn, al que ahora buscaban, se convertía, a medida que iba creciendo, en la viva imagen de su padre. El muchacho tenía cara hosca, de pocos amigos, el mismo cabello negro y fuerte, abultados músculos, y el mismo desprecio por el peligro.

—¿Debo llamar al resto de la comitiva, señor? —preguntó Próspero—. No sería bueno dejar perdido en el bosque durante la noche al heredero del trono. Podemos separarnos haciendo sonar nuestros cuernos...

Conan se quedó pensativo, retorciéndose el bigote. A su alrededor se extendía la densa selva del Gunderland oriental. Pocos conocían los senderos de aquellos bosques salvajes. El aspecto de las nubes pronosticaba que las lluvias nocturnas de un otoño temprano pronto les caerían encima, empapando la espesura con chaparrones fríos e interminables. El rey lanzó una breve carcajada.

—¡Déjalo, hombre! Esto será parte de la educación del muchacho. Si tiene madera de rey, mojarse un poco y pasar una noche al raso no le hará ningún daño; por el contrario, le servirá de experiencia.

Cuando yo tenía la edad de ese cachorro pasé muchas noches a la luz de las estrellas en los páramos desiertos y

en los barrancos de las sierras de Cimmeria. Volvamos al campamento. Hemos perdido al ciervo, pero tenemos el jabalí, y las botas del buen vino tinto de Poitain acompañan bien el cerdo asado. ¡Estoy muerto de hambre!

Horas más tarde, con el vientre lleno y el espíritu liviano tras múltiples libaciones de vino, Conan se acomodó junto a una reconfortante hoguera encendida en el campamento. Envuelto en un montón de pieles, tal vez algo afectado por el vino, el corpulento Guilaime, barón de Imirus, roncaba alegremente.

Unos cuantos cazadores y cortesanos, cansados por la larga cacería, también dormían acostados en sus toscos lechos. Otros se agrupaban junto al fuego.

El cielo se había despejado, y una luna casi llena y glacial brillaba con luz pálida entre la niebla que se disipaba. No había vuelto a llover, y al despejarse el cielo se desencadenó un viento frío y penetrante que arrancaba las hojas otoñales de sus ramas.

El vino había desatado la lengua del Rey, de tal modo que siguió perorando con la cara algo congestionada por los reflejos del mego. Iba contando, uno tras otro, chistes obscenos y anécdotas de su larga vida pródiga en aventuras, pero Próspero notó que de vez en cuando callaba, silenciando a los demás con la mano en alto para escuchar si se oía algún distante galope de caballo o para escrutar la oscuridad de la selva con la atenta mirada de sus fogosos ojos azules. Conan estaba mucho más preocupado por la ausencia del príncipe Conn de lo que sus palabras dejaban traslucir. Una cosa era encogerse de hombros afirmando que la experiencia sería saludable para el adolescente, y otra muy distinta pretender indiferencia cuando el chico, que solo tenía doce años, podía estar tendido bajo un húmedo matorral, con una pierna rota, en la oscura noche.

Próspero pensó que tal vez Conan se sintiera culpable, cosa rara en el salvaje, pendenciero y semicivilizado rey-guerrero cimmerico, ya que la cacería en Gunderland había

sido idea del propio bárbaro. Su reina, Zenobia, había enfermado tras un parto prolongado, y había dado a luz a su tercer vástago, una niña. Durante los meses de su lenta recuperación, Conan permaneció con ella todo el tiempo que sus obligaciones reales le permitieron. Al sentirse desatendido, el chico se volvió hosco y esquivo. Cuando Zenobia hubo recuperado gran parte de sus fuerzas, y pareció que la muerte apartaba sus negras alas de palacio, Conan sugirió pasar algunas semanas junto a Conn acampando y cazando, con la esperanza de acercarse nuevamente a su hijo.

Y el testarudo mozalbete, excitado por su primera cacería de adolescente, se había alejado solo a caballo, se había internado en el bosque, que desconocía, y sobre el que se cernía la oscuridad de la noche, en una loca persecución del escurridizo ciervo blanco que ellos habían intentado cazar durante horas sin el menor éxito.

Al despejarse el cielo, aparecieron las titilantes estrellas; el viento que empezaba a soplar gemía entre las ramas, mientras las hojas secas crujían como pisadas por pies furtivos. Conan se interrumpió en el curso de un emocionante relato de piratería y de magia, y oteó la oscuridad con ojos de lince. La gran selva de Gunderland no era el lugar más seguro, ni siquiera en aquella turbulenta época. Bisontes y búfalos, el jabalí salvaje, el oso pardo y el lobo gris acechaban en los senderos del bosque. Y allí también espiaba otro enemigo potencial, el más astuto y traidor de todos: el hombre. Porque los bribones, bandidos y renegados se refugiaban en los bosques cuando la vida en las ciudades se tomaba demasiado peligrosa para ellos.

Lanzando un juramento, el Rey se puso en pie, se quitó su manto negro y lo arrojó sobre una pila de pertrechos.

—Podéis acusarme de tener corazón de mujer, si es que osáis, bastardos —gruñó—, pero yo no me quedo sentado aquí por más tiempo. Con esta luna que ilumina como si fuese de día, si no soy capaz de seguir un rastro, merezco convertirme en un vulgar estigio. ¡Fulk! Ensilad al rojo Ymir;

mi caballo está exhausto. Vosotros, pasad la bota de vino por última vez y montad a caballo. ¡Valens! Encontrarás las antorchas en el tercer carro. Distribúyelas y partamos. No dormiré tranquilo antes de asegurarme que mi hijo está a salvo.

Montando de un salto sobre su enorme corcel, Conan musitó:

—¡Ese muchacho! ¡Mira que salir corriendo como un tonto detrás de un venado dos veces más rápido que un pony como el suyo! ¡Cuando lo encuentre, le enseñaré lo que significa para mí tener que abandonar un confortable fuego para dirigirme al frío y húmedo bosque!

Un búho blanco como la nieve revoloteaba en el aire, destacándose contra el contorno de la luna.

Conan se estremeció súbitamente, y usaron sus imprecações. Negros presentimientos invadieron su alma de bárbaro. Sus antepasados contaban en voz baja extrañas historias acerca de una cosa que huía en la noche... algo parecido a un venado, blanco como un fantasma, y veloz como el viento invernal.

Rogó a Crom que aquella fuera una bestia de carne y hueso, y no una cosa misteriosa surgida de abismos ignotos más allá del tiempo y del espacio...